

La confirmación

Citalá, Chalatenango
5 de diciembre de 1977

Isaías 35, 1-10
Lucas 5, 17-26

Queridos fieles de Citalá:

Venir hasta ustedes es, para el pastor, un gusto muy grande; por eso quiero, una vez más, agradecer a las religiosas Oblatas al Divino Amor que de veras hacen aquí honor a su nombre, ofreciendo sus vidas al Señor en servicio de este pueblo. Quiero agradecer también a quienes han colaborado para esta ceremonia de confirmación, porque este es el objeto principal de mi venida. Como sucesor de los apóstoles, el obispo es el ministro ordinario, o sea, el que propiamente tiene la obligación de administrar ese sacramento que se llama la confirmación. Y al agradecerles esa colaboración de preparar estos niños, yo también hago un llamamiento a todas las familias de la diócesis para que secunden la voluntad de la Iglesia de confirmar a sus hijos no cuando están chiquitos que no se dan cuenta, sino ya que van entrando a la juventud, cuando se necesita esta fuerza de la confirmación, que consiste en el don del Espíritu Santo.

Al niño recién nacido sí, hay que apresurar el bautismo, porque, cuanto antes, al hijo de la carne hay que hacerlo hijo de Dios; y ese es el bautismo. Cuando Cristo le decía a Nicodemo: la carne no aprovecha; “lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu”. Y ese es el bautismo: el hijo, nacido de la carne, y que no es más que carne, vida natural, manchado con el pecado original que todos los hombres llevamos, se limpie de ese pecado cuanto antes y Cristo le aplique su reden-

ción por medio del bautismo para hacerlo hijo de Dios. Esto sí es urgente. Y ojalá que las familias no descuidaran el deber de bautizar cuanto antes. Hay familias muy cristianas que, casi el mismo día en que nace el niño, lo bautizan. No les voy a pedir tanto pero, por lo menos, que no se pasen meses y hasta años sin bautizar los niños. Cuanto antes el bautismo.

Pero la confirmación, que viene a ser lo que dice la palabra: confirmarlo en la fe recibida en el bautismo, eso sí tiene que ser ya cuando el niño se da cuenta, cuando por su propia cuenta quiere reivindicar, quiere ratificar su nacimiento en el bautismo por medio de ese sacramento, que es propiamente sacramento de crecimiento. Así como no basta nacer, sino que una mamá, apenas nace el niño, lo alimenta, lo hace crecer; y el orgullo de una madre es cuando ya ese niño que nació de sus entrañas es un joven, ya frente a la vida piensa en sus deberes de hombre; y entonces la confirmación corresponde a esa juventud, a ese crecimiento. Por eso me da gusto, pues, que aquí, en la ciudad, en la población de Citalá, se vaya a dar la confirmación a niños y niñas que ya se dan cuenta que van a recibir un sacramento distinto del bautismo, que los prepara para entrar a la juventud con una nueva fuerza de Dios.

Los sacramentos, vida de Dios en el desierto de los hombres

Is 35, 1

Y las lecturas de Adviento, que se acaban de hacer, son bien oportunas. La primera lectura es del profeta Isaías, que ha comparado la venida de Dios al mundo como cuando brota en un desierto un riachuelo y el agua comienza a hacer fecundas aquellas tierras arenosas del desierto. En el desierto no hay vegetación, el desierto es la imagen de la muerte, el desierto es la aridez, en el desierto no hay vida; pero cuando brota en medio del desierto una fuente, esa fuente comienza a hacer fecunda la tierra y, junto a ese río, el desierto se convierte en jardín, produce flores, produce frutos, ya hay sombra, ya hay vida. Esta es una imagen preciosa, hermanos, de lo que son los sacramentos. El bautismo, la confirmación, la penitencia, la comunión son los signos de que Dios ha venido al mundo; y el hombre, que por su propia naturaleza es un desierto para producir flores de eternidad, los sacramentos le dan la vegetación, la fertilidad, la fecundidad. Como decíamos antes usando la palabra de Cristo: “Lo

que nace de la carne es carne”; de nada serviría para la eternidad feliz de Dios nacer, tener muchas capacidades, ser muy hermosa una mujer, ser muy fuerte un hombre, ser muy inteligente un profesional. Todo eso vale mucho, pero frente a la eternidad, que es la vida de Dios, no vale nada. Todo eso se queda en la tierra. Los hombres, pues, por más cualidades humanas que produzcamos, no somos más que desierto. Si Dios quiere coger de nuestra vida obras que valgan para la vida eterna, necesita inyectarle vida de Dios. Solo cuando el hijo de la carne se hace hijo de Dios, comienza el hombre a producir obras que le dan la vida eterna. Para eso inventó Cristo los sacramentos.

El bautismo hace que el niño recién nacido ya sea un hijo de Dios. Y si muere, va a gozar la felicidad misma de Dios. La confirmación es darle a ese bautizado los dones del Espíritu Santo, robustecerlo con la fuerza de Dios para que produzca frutos de vida eterna. La confirmación es el sacramento de los mártires. Si no hubiera sido por esa fuerza del Espíritu Santo que los primeros cristianos recibieron de sus obispos, del Papa, en el sacramento de la confirmación, aquellos primeros cristianos no hubieran aguantado la prueba de la persecución, no hubieran muerto por Cristo.

Ahora, hermanos, la Iglesia necesita esa fuerza del Espíritu Santo, y por eso queremos que los jóvenes, los niños, lo reciban dándose cuenta. ¿De qué sirve recibir la confirmación cuando se es tierno, niño, como se ha acostumbrado, sin que nos diéramos cuenta, si no hemos tenido unos padres, unos padrinos que nos enseñen? ¿Para qué fuimos confirmados? Yo creo que ni los mismos padres de familia, ni los mismos padrinos de confirmación han sabido, muchas veces, para qué se confirma a este niño que se traía tiernito en los brazos. Y si ellos, grandes, no sabían, ¿cómo le van a enseñar a un niño, cuando va llegando a la juventud, que el sacramento de confirmación que recibió tierno, ahora es cuando lo comienza a necesitar? Si tuviéramos padres y madres de familia, padrinos y madrinas que con su palabra y con su ejemplo enseñaran a los jóvenes para qué fueron confirmados, entonces no habría inconveniente en confirmar también a los niños chiquitos. Pero es mejor que, en vez de esperar si acaso les van a enseñar sus padres y sus padrinos, mejor esperar que crezcan para que ellos mismos se den cuenta del compromiso que van a recibir.

Porque les repito, queridos hermanos, ser cristiano es cosa muy difícil. Hoy lo está demostrado la gente en nuestra tierra. ¡Qué pocos cristianos auténticos van quedando cuando ser cristiano supone ser perseguido, cuando reunirse para una reunión de la palabra de Dios, para reflexionar en la verdadera Biblia, en los compromisos del cristianismo, supone que hay mucha vigilancia, que hay prevenciones porque creen que nos reunimos para hacer política, para hacer comunismo! Están equivocados. Nos reunimos para tomar conciencia de la responsabilidad seria que supone ser cristiano. Nos reunimos para ser cristianos, que mañana no vayamos a ser traidores de esta religión.

Hay ahora muchos cobardes, mucha gente que prefiere estar bien en la tierra y no le importa el juicio de Dios que va a venir a pedirle cuenta de su vida. Ser cristiano quiere decir ser valiente y, antes que obedecer a hombres perseguidores de la Iglesia, tener el valor de obedecer a Dios. No importa que le lleven a uno a la persecución, a la tortura, a la difamación, a la calumnia. Ustedes saben, hermanos, cómo están calumniando en este momento a su obispo. Lo están llamando el subversivo número uno, lo están llamando el predicador de subversión.

Yo les agradezco a los buenos cristianos lo que me acaba de decir el querido padre Vito, en La Palma: "En esta parroquia se está haciendo mucha oración en solidaridad con la Iglesia". Porque, hermanos, ser cristiano ahora quiere decir tener valor para predicar la verdadera doctrina de Cristo y no tenerle miedo y, por miedo, callar y predicar una cosa fácil que no traiga problemas. Pero ser cristiano en esta hora quiere decir tener el valor que el Espíritu Santo da con su confirmación para ser soldados valientes de Cristo Rey, hacer reinar su doctrina, llegar a los corazones y predicarles el valor que hay que tener para defender la ley de Dios.

Todo esto, hermanos, es la confirmación. Esto es lo que nos quiere decir el profeta Isaías cuando nos dice que, cuando falta esa vida de Dios, el hombre no es más que un desierto: no hay flores, no hay frutos, no hay sombra. ¡Qué áridos somos los hombres cuando no está en nosotros el Espíritu Santo! ¡Qué crueles se vuelven los hombres cuando no los anima el Espíritu de Dios, sino el espíritu de quedar bien en la tierra!

Hermanos, ya me duele mucho el alma de saber cómo se tortura a nuestra gente, de saber cómo se atropellan los dere-

chos de la imagen de Dios que es el hombre. No debía de haber eso. Es que el hombre sin Dios es una fiera. El hombre sin Dios es un desierto: su corazón no tiene flores de amor, su corazón no es más que el perverso perseguidor del hermano. Así se explica que haya corazones capaces de traicionar a sus hermanos, de señalarlos, no importa que se los lleven a torturarlos y a matarlos. ¡Qué corazón es cuando Dios no anima en el verdadero amor al hombre, cuando se ha perdido el sentido del bautismo, el sentido de la confirmación, y los hombres se han vuelto a ser estepas, desiertos, troncos áridos!

Los sacramentos, exigencia de conversión

Lo mismo nos decía el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Es el Evangelio precioso donde nuestro Señor, en este día, ante un hombre pecador, le dice: “Tus pecados te son perdonados”. Si los hombres incrédulos blasfeman, porque para los hombres que no tienen fe ni Jesucristo tenía valor. Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador en esta hora, le lloverían mucho más que a mí los insultos, las calumnias. Aquí, cuando Él, Redentor de los hombres, le dice: “Tus pecados te son perdonados”, no creían en el poder perdonador de Cristo y decían: “Este blasfema, ¿quién es este para perdonar pecados?”. Y Cristo les prueba con un milagro para que vean que puede perdonar pecados y que, para Dios, lo mismo es devolver la salud a un enfermo que devolver la gracia a un pecador; le dice al parálitico que se levante. “Ya ven, lo he podido curar; luego, soy Dios. ¿Por qué blasfeman de mí?”. Y Dios también puede decirle al pecador, aunque ustedes no lo miren, que ya están perdonados sus pecados con tal que se haya arrepentido.

Lc 5, 20

Lc 5, 21

Lc 5, 24

Hermanos, ¡qué cosa más hermosa es el perdón de los pecados! Es convertir el desierto en un jardín. Es el alma que era fiera y que se ha hecho manso cordero para la gloria de Dios. Es el que prefería el pecado, el vicio, el desorden, pero ya ha venido arrepentido a pedirle a Dios que le perdone.

Yo, hermanos, cuando predico contra los que atropellan, contra los que abusan, contra los que cometen injusticias, contra los que denuncian a sus hermanos; yo, cuando predico contra todos esos atropellos del hombre contra el hombre, no lo hago con odio ni con resentimiento, lo hago con el amor de

Mt 3, 7-10

Cristo, que también les dijo a los pecadores, ayer lo oíamos, el domingo, cuando Juan Bautista les dice: raza de víboras, conviértanse, no sean hipócritas; porque si no se convierten van a perecer; ya el hacha está puesta al tronco del árbol y comienza Dios a derribar el árbol de la vida, y pobre del árbol que caiga al lado del infierno, por no haberse arrepentido a tiempo. Y decía

Mt 3, 12

ayer también Juan Bautista: ya Cristo está aventando su cosecha. Como cuando se saca el café, que en la piladera queda revuelto el grano de café junto con la basura, lo avientan, les da el viento para que se vaya la basura y quede el grano de café; así hace Cristo, dice Juan Bautista, dándole viento a su tragal, ya batido, se va la broza y queda el trigo. Así será el juicio final, como una gran aventazón, como un viento tempestuoso que va a apartar la broza, la basura, todo hombre que no se ha querido convertir en trigo, y quedará el trigo, las buenas obras, la cosecha para Dios.

Por eso, hermanos, cuando la Iglesia predica hoy contra la injusticia, contra el abuso del poder, contra los atropellos, les está diciendo: conviértanse, hagan a tiempo penitencia, conviértanse en trigo, que Dios los está esperando, hagan comunidades de amor, hagan comunidades de Iglesia, que la Iglesia no es comunista ni es subversiva. La Iglesia es el reino de Dios que medita la palabra de Dios, que acoge en el corazón esa palabra que nos trae la vida divina, la gracia, los sacramentos y nos hace sentir la belleza de ser jardines en vez de ser desiertos.

Necesidad de la catequesis presacramental

Por eso, hermanos, mi palabra aquí en Citalá, con ocasión de dar la confirmación a estos niños, es para decirles también a los grandes: revivamos nuestro bautismo, tomemos conciencia de nuestra confirmación. Yo les decía a las hermanas, cuando les anunciaba que preparáramos aquí un grupo de confirmación, porque tengo la intención de que, al dar la confirmación a los que se van a confirmar, también los que ya somos confirmados, comenzando por el obispo, los sacerdotes, las religiosas, los catequistas, los padres de familia, todos los que ya somos gente grande y desde hace muchos años llevamos la confirmación, pero tal vez no nos hemos dado cuenta para qué recibimos la confirmación. Aquel Espíritu Santo que se da en la confirmación con la imposición de las manos del obispo, sucesor de los

apóstoles, es un Espíritu Santo que ha estado escondido en nosotros, muerto, tal vez; no ha producido en nosotros frutos de Espíritu de Dios, porque nosotros no hemos dejado de ser carne, hijos de la carne. El bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia que hemos recibido no ha producido.

Hermanos, esta es la gran deficiencia de nuestro pueblo cristiano que, gracias a Dios, desde el Concilio Vaticano II viene corrigiendo esta deficiencia: que habíamos dado muchos sacramentos al pueblo, le bautizábamos a todos los niños, confirmábamos a todo el que se presentaba, confesábamos, tal vez sin exigirle penitencia, dábamos la comunión a todo el que se acercaba, sacramentalizábamos, pero no evangelizábamos mucho.

Ahora, gracias a Dios, no rechazamos la sacramentalización porque los sacramentos son necesarios, son los canales por donde Dios nos da una vida divina; pero ya son unos sacramentos que ahora, con una catequesis más preparada, con una reflexión más profunda en la Biblia, sabemos que nos confesamos con más conciencia.

Se exige, antes de bautizarse, unas charlas prebautismales para instruir qué es el bautismo que pides para tu niño. No es simplemente un acontecimiento social: que tu niño tenga un padrino que le dé regalos, que tú tengas un compadre también con quien compartir la responsabilidad de tu hijo. Ahora, el bautismo no significa solamente conseguir un compadre, un padrino; significa sobre todo la conciencia que este hijo de la carne se va a hacer hijo de Dios y va a tomar un compromiso que su familia comienza por responsabilizarlo, pero que el niño lo irá tomando poco a poco.

La confirmación, el obispo ya no la quiere dar en esos montones de niños que traían cuando la visita del obispo, que ni se decía: “Viene el señor obispo”, sino que: “Viene la confirma, viene la confirma”; como si lo único que viene a hacer el obispo es confirmar a niños que ni cuenta se daban, y se daba la iglesia llena de niños que lloraban y salían sin darse cuenta del gran sacramento del Espíritu Santo que habían recibido. Esos niños éramos nosotros, que recibimos la confirmación y no nos dimos cuenta, muchas veces, de la grandeza de ese momento.

Por eso ahora, hermanos, que vivimos una hora de la renovación de la Iglesia, yo les suplico, no lo tomen a mal, no tomen a mal que el padre y las religiosas exijan —tienen que exigirle y

el párroco que no exige no cumple su deber—, exigir que, antes de bautizarse, antes de la primera comunión, antes de dar un sacramento, tiene que haber una catequesis, una evangelización, para que se tome conciencia de lo que se está haciendo.

Hch 2, 14 Por eso ahora, esta mañana para mí es de mucha alegría, les repito, porque voy a dar una confirmación después que las madres y los catequistas han preparado a estos niños no solo para su comunión, sino también porque ahora saben que van a recibir, en esta iglesia de Citalá convertida en un cenáculo, el Espíritu Santo, así como llovió en forma de lenguas de fuego en Pentecostés a los apóstoles; y llenos del Espíritu Santo salieron, valientes, a predicar a Cristo. No le tenían miedo a las autoridades que los querían hacer callar. Y decían aquellos cobardes de antes, ya valientes con el Espíritu Santo: si ustedes quieren que no hablemos de Cristo, perdonen, no les podemos obedecer, porque tenemos que obedecer a Dios que nos manda a predicar lo que hemos visto, la salvación en Cristo; nadie puede detener esa palabra. Pero eso era la fuerza del Espíritu Santo.

Hch 5, 29

Los que ahora, confirmados ya, vamos a renovar nuestra gracia de la confirmación, queridos hermanos, padres de familia, comenzando por mí mismo, obispo, que esta mañana sea para nosotros, pues, como una renovación de nuestro Espíritu Santo, del valor que debemos de tener como cristianos y, si es necesario, que la confirmación se convierta para nosotros en un sacramento de martirio: estemos dispuestos también a dar nuestra vida por Cristo y no traicionemos al Señor con la cobardía de los falsos cristianos de hoy.

Jn 4, 10

Por eso vamos a proceder, pues, a dar este sacramento de vida, donde Cristo Redentor que dijo: yo soy la vida, yo soy la fuente, soy el agua viva que convierte el desierto en un jardín, que traigo a la vida de los hombres la vida de Dios, el Espíritu de Dios, para que anime los corazones de los hombres; voy, por medio de mi ministro, el obispo de San Salvador, a darles la gracia y la fuerza del Espíritu Santo.

Revivámoslo todos, hermanos, este momento, para que seamos lo que tenemos que ser: hombres o mujeres que hemos recibido la fuerza de lo alto para dar testimonio con valentía de que Dios existe, de que Cristo es una realidad y que su Iglesia en la tierra no está haciendo el mal sino el bien, y tengamos el valor de defenderla como se defiende lo bueno.